



La Santa Sede

VISITA PASTORAL DEL SANTO PADRE FRANCISCO A TURÍN

ENCUENTRO CON LOS ENFERMOS Y DISCAPACITADOS

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Iglesia del Cottolengo
Domingo 21 de junio de 2015

[Multimedia]

Queridos hermanos y hermanas:

No podía venir a Turín sin detenerme en esta casa: la Pequeña Casa de la Divina Providencia, fundada hace casi dos siglos por san José Benito Cottolengo. Inspirado por el amor misericordioso de Dios Padre y confiando totalmente en su Providencia, acogió a los pobres, a los abandonados y enfermos que no podían ser alojados en los hospitales de aquella época.

La exclusión de los pobres y la dificultad de los indigentes a la hora de recibir la atención y los cuidados necesarios es una situación que lamentablemente todavía existe. Ha habido grandes avances en la medicina y la asistencia social, pero se ha extendido también una cultura del descarte, como resultado de una crisis antropológica que ya no pone a la persona en el centro, sino al consumo y a los intereses económicos (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 52-53).

Entre las víctimas de esta cultura del descarte quisiera ahora recordar, en particular, a los ancianos... a muchos de los cuales acogéis en esta casa; los ancianos que son la memoria y la sabiduría de los pueblos. Su longevidad no siempre se considera un don de Dios, sino a veces, un peso difícil de soportar, especialmente cuando la salud está muy comprometida. Esta

mentalidad no hace bien a la sociedad, y nuestra tarea es desarrollar los «anticuerpos» contra esta forma de considerar a los ancianos o a las personas con discapacidad, casi como si fueran vidas que no merecen la pena vivirse. Esto es pecado, un pecado social grave. ¡Con qué ternura, en cambio, el Cottolengo amó a estas personas! Aquí podemos aprender una *mirada diferente* sobre la vida y la persona humana.

Cottolengo meditó mucho el pasaje evangélico del juicio final de Jesús, en el capítulo 25 de san Mateo. Y no permaneció sordo a la llamada de Jesús que pide que le den de comer, de beber, que lo vistan y lo visiten. Impulsado por la caridad de Cristo dio inicio a una obra de caridad en la que la Palabra de Dios demostró toda su fecundidad (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 233). De él podemos aprender lo concreto del amor evangélico, para que muchas personas pobres y enfermas puedan encontrar un «casa», vivir como en una familia, sentirse parte de una comunidad y no excluidos y soportados.

Queridos hermanos enfermos: Sois miembros preciosos de la Iglesia, sois la carne de Cristo crucificado que tenemos el honor de tocar y servir con amor. Con la gracia de Jesús podéis ser testigos y apóstoles de la divina misericordia que salva al mundo.

Mirando a Cristo crucificado, lleno de amor por nosotros, y también con la ayuda de los que os cuidan, encontraréis la fuerza y el consuelo para llevar cada día vuestra cruz

La razón de ser de esta Pequeña Casa no es el asistencialismo, o la filantropía, sino el Evangelio: el Evangelio del amor de Cristo es la fuerza que le dio origen y la que le hace ir hacia adelante: el amor de predilección de Jesús por los más frágiles y los más débiles. Esto está en el centro. Y por eso una obra como ésta no sale adelante sin la oración, que es la primera y más importante tarea de la Pequeña Casa, como le gustaba repetir a vuestro fundador (cf. *Dichos y pensamientos*, n. 24), y como demuestran los seis monasterios de las Hermanas de vida contemplativa que están vinculados a la misma obra.

Quiero agradecer a las religiosas, los hermanos consagrados y los sacerdotes presentes aquí en Turín y en vuestras casas en todo el mundo. Junto con muchos trabajadores laicos, voluntarios y los «Amigos de Cottolengo», estáis llamados a continuar, con fidelidad creativa, la misión de este gran santo de la caridad. Su carisma es fecundo, como demuestran también los beatos don Francisco Paleari y fray Luis Bordino, así como la sierva de Dios sor María Carola Cecchin, misionera.

Que el Espíritu Santo os dé siempre la fuerza y la valentía de seguir su ejemplo y dar testimonio gozoso de la caridad de Cristo que impulsa a servir a los más débiles, contribuyendo así al crecimiento del reino de Dios y de un mundo más hospitalario y fraternal.

Os bendigo a todos. Que la Virgen os proteja. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana